

de los caballeros te indicará el camino... ¡Y en el octavo seremos reinas y habrá fiesta y alegría!

Alicia se puso de pie, se inclinó en una profunda reverencia ante la reina y se volvió a sentar en seguida.

En la siguiente estaca la reina le recomendó:

—Habla en francés cuando no recuerdes alguna cosa en tu idioma... Camina sobre la planta de los pies... y recuerda quién eres.

No se detuvo en esta ocasión para recibir la reverencia de Alicia. En un santiamén llegó a la siguiente estaca, desde donde, volviéndose, dijo: «adiós», y a toda prisa trasladóse al último espacio.

Cómo se produjo, nunca lo supo Alicia, pero en el preciso momento en que ella llegaba al último poste, la reina había desaparecido. Si se esfumó en el aire, o si se introdujo en el bosque corriendo — y hemos visto que corría bastante —, es cosa difícil de averiguar; pero se fué, y nuestra heroína empezó a darse cuenta de que era un peón y que estaba obligada a moverse.

CAPÍTULO III

INSECTOS DE ESPEJO

Alicia pensó que, como primera providencia, debía hacer una amplia inspección ocular del terreno a través del cual iba a aventurarse.

—Es como si diese una lección de geografía — se dijo poniéndose de puntillas con el propósito de ver un poco más allá —. ¿Principales ríos?... ¡Ninguno! ¿Principales montañas?... Me hallo sobre la única, y no sé si merece el nombre de tal. ¿Pueblos importantes?...

—Aquí interrumpióse intrigada—. ¿Qué animales son aquellos que se ven allá, haciendo miel?... No pueden ser abejas. Nadie ve las abejas a una milla de distancia, eso es sabido.

Y por un tiempo estuvo observando a uno de aquellos bichos que se movía sin cesar entre las flores y metía la trompetilla en ellas, «exactamente como una abeja», según pensó Alicia.

Sin embargo era algo más que una abeja... ¡Era nada menos que un elefante! La niña no tardó en descubrirlo, y el hallazgo le heló la sangre en las venas.

—¡Y qué flores tan enormes deben ser! — fué su pensamiento inmediato —. Algo así como chozas sin techo, colocadas sobre tallos... ¡Y la cantidad de miel que deben producir! Me parece que ya es hora de que empiece a moverme, y... ¡No, todavía no! — prosiguió deteniéndose al punto en que iba a emprender la carrera para bajar la loma y como buscando algún pretexto que justificara aquella repentina prudencia —. ¡Nunca debe irse hasta ellos sin una buena rama para ahuyentarlos!... ¡Qué lindo será cuando me pregunten cómo me fué en el paseo...! ¡Oh, les diré que me gustó mucho! — aquí hizo su favorito movimiento de cabeza —. ¡Sólo que había tanto polvo; hacía tanto calor; los elefantes fastidiaban tanto! Lo mejor será que vaya por el otro lado — dijo luego de una pausa —; tengo tiempo de visitar los elefantes más adelante. Además, es necesario que lo haga así para colocarme en el tercer espacio.

Y con esta excusa corrió loma abajo, plantándose en el primero de los seis pequeños arroyos.

* * * * *